

Desarrollo, Crisis y Política Cultural

Emilia Bermúdez
Escuela de Sociología.
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.
Universidad del Zulia.

RESUMEN

La crisis cultural que se ha puesto de manifiesto en toda su expresión en la globalidad de la sociedad venezolana actual, impone la urgente necesidad de discutir seriamente la intrínseca relación que existe entre Desarrollo, Política y Cultura.

Los planes de Desarrollo adelantados en nuestro país con su marcado acento economicista y sus rotundos fracasos tiene en lo cultural uno de los factores determinantes de sus limitaciones.

No puede haber cambios en una sociedad si esas propuestas no están basadas en la introducción de modificaciones sustanciales en el modo de vida de la mayoría, sus representaciones, valores y en la manera como establece su relación con la comunidad, con el Estado y con la Sociedad.

En este artículo se abordan aspectos referidos al Desarrollo Cultural y a su papel en el Desarrollo Integral y a la vinculación entre cultura y política como aporte para una reflexión de la crisis actual.

Palabras claves: Desarrollo, Política y Cultura.

DEVELOPMENT, CRISIS AND POLICY CULTURE

ABSTRACT

The cultural crisis unveiled throughout the Venezuelan society, urges the necessity to discuss seriously the inner relationship among development, politics and culture.

Development programmes centred in economic aspects only, with their failures, have in the cultural dimension one of their main constraints.

There can not be changes in any society if the development programmes proposals are not based on substantial changes in the way of life of the people, their

representations, values and in the way they establish their relationship with the community, the state, and the society as a whole.

This article tackles aspects referred to cultural development, its role in the development as a whole, and its links between culture and politics, as inputs for a reflection about the actual crisis.

Key words: Development, Politics, Culture.

La discusión sobre el desarrollo, aún hoy, frente a la profunda crisis que vive nuestro país, sigue siendo asumida con la visión tecnocrática-racional que mide el desarrollo en términos de índices y variables macroeconómicas. Los problemas sociales son también medidos en función de indicadores tradicionales de pobreza, que refieren a ésta como la carencia de satisfacción de las necesidades más elementales (comida, vivienda, servicios) y que en el mejor de los casos considera a la variable educativa como un aspecto medible en función de las necesidades de mano de obra técnicamente capacitada y productiva.

El aspecto entonces más subrayado por la perspectiva dominante, es que la crisis es económica y que obedece al "agotamiento de un patrón de industrialización" altamente dependiente de la importación de bienes de capital y de tecnología, con escasa competitividad en el mercado internacional. Al mismo tiempo, se subraya la hipertrofia del Estado y su excesiva injerencia en la vida económica, lo cual impide el desenvolvimiento normal de las fuerzas del mercado.

Los efectos sociales han sido el desempleo, distribución regresiva del ingreso, concentración progresiva del capital, demanda irreal producto del subsidio al consumo, alta burocracia estatal, etc.

La solución al desarrollo en esta perspectiva es entonces un "nuevo modelo de desarrollo" basado en el libre mercado, la competitividad y la productividad, como elementos consustanciales a la creación de una dinámica económica, que por sus propias virtudes debe llevar a un mejoramiento del aparato productivo y de hecho a un mejoramiento en el nivel de vida de la población, al dinamizar el nivel de empleo, la productividad de la fuerza de trabajo y la independencia del aparato productivo del Estado y su renta petrolera.

Otros análisis más avanzados ubican el centro de la crisis en lo político. Así encontramos que hay un consenso, entre los secto-

res de oposición al gobierno, en que la variable política está determinando la existencia de la crisis. La crisis económica no ha hecho otra cosa que poner en claro el agotamiento del pacto hegemónico fundado en 1945 y consolidado en 1960 por las fuerzas sociales y políticas del país. Se subraya el agotamiento del liderazgo de los viejos actores políticos y la inexistencia de nuevos actores que sean capaces de construir un nuevo pacto o proyecto político de carácter societal.

Se insiste en el agotamiento de los partidos políticos de derecha y la muerte del populismo como paradigma de acción estatal. Las formas de relacionar del Estado y la Sociedad Civil están en crisis y se impone la búsqueda de alternativas políticas de solución para salvar al sistema democrático.

Sin menoscabar importancia y razón a las interpretaciones que desde el punto de vista económico y desde el punto de vista político se han hecho de la crisis, lo que pretendo es llamar la atención sobre una de las dimensiones menos estudiadas y tomada en cuenta, tanto por las élites políticas y gubernamentales, como por los intelectuales del país y que constituye a mi juicio la más relevante y quizás la más difícil de solucionar. Me refiero a la dimensión cultural de esa crisis.

La formulación del proyecto político y social en Venezuela, estaba orientada sobre una representación societal que creó en la mayoría de los venezolanos una manera de representarnos y una visión a futuro del país deseado. Un Ideario Nacional que se sustentaba en la construcción de una nación moderna con un modo de vida industrial, al estilo de los grandes países desarrollados, en especial los Estados Unidos, y con un sistema político sustentado en una "cultura democrática y participativa".

Ese proceso de modernización, impulsado por los principales actores políticos, supuso en nuestro país la ruptura con las formas tradicionales de vivencia, de representación, conductuales, de valoración y de consumo.

A decir de Germán Carrera Damas, si bien en 1950 ya estaban presentes los factores estructurales de cambio hacia una sociedad de carácter capitalista "quien hubiera recorrido Venezuela en 1930, sin embargo, habría percibido el paisaje abrumador de campos desiertos o primitivamente explotados, pueblos detenidos o en franca decadencia, extensas áreas casi vírgenes, ciudades que más parecían grandes aldeas y una población en la cual los

desniveles de fortuna, cultura, educación, alimentación y costumbres no habían podido ser más chocantes. Era Venezuela, esencialmente, un universo de peones explotados por un reducido grupo de burgueses urbanos y de terratenientes que apenas comenzaban a cultivar un cosmopolitismo auténtico" (CARRERA, Damas, 1988:122).

A partir de 1936, producto de una mayor apertura de la Sociedad Civil y Política, las expectativas sobre el cambio empiezan a socializarse con mayor empuje. En un corto tiempo "ese caminar colectivo ha supuesto un proceso de rupturas y asimilaciones culturales muy profundas, y quizás, no suficientemente valoradas". (SOSA, Arturo, 1986: 297).

Acompañando a ese proceso modernizador se encontraba en expansión lo que se ha llamado la cultura del petróleo⁽¹⁾, trascendiendo el espacio de las ciudades petroleras y creando un modelo cultural de referencia y actuación para la inmensa mayoría que inicia el traslado del espacio rural al urbano.

Con la riqueza petrolera la sociedad venezolana experimenta importantes transformaciones en sus procesos culturales. Se presenta una mayor vulnerabilidad cultural al producirse un deterioro creciente de la ya debilitada identidad nacional.

Se imponen nuevas actitudes y valores que fundan comportamientos relacionados con el derroche, el consumismo, la riqueza fácil, el individualismo, producto de un modelo rentista y de consumo suntuoso con predominio de la importación de bienes y servicios.

Ese modelo cultural empieza a ser dominante, sin que esos actores sociales y políticos modernizantes percibieran sus implicaciones por la inexistencia de un proyecto cultural conscientemente asumido que acompañara el modelo de desarrollo.

Por el contrario, los mecanismos de redistribución de la renta petrolera que se implementan a través del paradigma populista de acción estatal, instaurado a partir de 1958, refuerzan el patrón valórico y conductual impuesto por la cultura de consumo, la cual encuentra su mayor apoyo en la aparición de los medios televisivos, y sus consecuentes efectos sobre la creación de hábitos, consumo, representaciones y reorganización de la experiencia social a partir de la producción de lo nuevo imaginario en la cultura urbana.

El surgimiento de ese nuevo proceso de producir y vehicular la cultura afianza un nuevo modo de vivir y representarse en ese

terreno de nadie que es la política cultural.

En consecuencia, la instauración del modelo industrial de desarrollo que pretendía erradicar la estructura agro exportadora tradicional y las nuevas formas políticas que se imponen, dejan en un espacio vacío la aparición de propuestas culturales que debían emerger y acompañar la solución a los problemas de aculturación, pérdida de identidad y del sentido de pertenencia que, en palabras de Habermas, le permitirán cerciorarse de sí misma en tanto sociedad y la función integradora de ella (Habermas, 1987).

La atención a patrones culturales aptos para el desarrollo no es un problema que se planteen las élites políticas y gubernamentales del país. Una rápida lectura de los programas de gobierno propuestos por los partidos políticos, permite sostener, que dejan de lado el tratamiento de la dimensión cultural del desarrollo y, por ende, del desarrollo cultural.

Manuel Caballero, respecto a los partidos políticos y la cultura afirma que en realidad lo que ha existido es una gran ignorancia, inhibición e incoherencia frente al problema cultural, (Caballero, 1984). La ignorancia se expresa en la propia concepción sostenida en los primeros planes nacionales, en donde la cultura es vista como Bellas Artes y Educación Formal Escolarizada.

Esta concepción suponía de hecho la exclusión de otras manifestaciones creativas como parte del capital cultural y la consecuente idea de que democratizar la cultura, significaba lograr el acceso de las mayorías a la producción de las élites culturales e intelectuales.

La reducción de lo cultural a lo artístico y a la educación como alfabetización y entrenamiento, dejaba de lado el tratamiento de aspectos vitales del proceso de Desarrollo Cultural, entendido éste, como el modelo y modo de vida y representación de la mayoría, y la comprensión de la cultura como un espacio importante del proceso de "sociabilización de las clases y los grupos, en la formación de políticas integradoras a la vida cotidiana que condicionan las maneras de pensar y elegir de las mayorías" (Canciani, 1987:118) y su determinante papel en el modo de vida, de representación y actuación.

La inexistencia de una mirada cultural al desarrollo dejó de lado aspectos vitales que tenían que ver con la creación de una "cultura organizacional" y una "cultura política"⁽²⁾ que permitieren la identificación con lo "nacional" como proyecto a largo plazo. Por

el contrario, se impuso el inmediatismo, el clientelismo, el paternalismo como orientación fundamental en la manera de relacionar tanto en el espacio de lo público como en lo privado. Empresarios y sindicatos asumen una cultura de integración corporativa en donde predominan los logros reivindicativos y de sus propios intereses gremiales, sin importar la valoración ética y político-ideológica que debe sustentar el perfil de las organizaciones en su contribución al desarrollo global.

De hecho, la orientación de la cultura organizacional en el país no existe sino como corolario de la cultura política.

Con organizaciones sindicales nacidas como apéndices de los partidos políticos y sustentados por éstos y con empresarios creados e impulsados por la tutela del Estado, las formas de relacionarse y de representar su relación con éste, se fundamentan en los valores que el populismo y el paternalismo crearon, incluyendo, la utilización del mecanismo de soborno, la corrupción y el compadrazgo.

A mi juicio, la "cultura política" ha jugado también un rol dominante en la orientación de los grupos y fuerzas sociales mayoritarias en el país, especialmente, porque los partidos políticos se convirtieron en una red de sociabilización fundamental en el proceso de internalización de conductas y valores que trascienden el ámbito del sistema político y se extiende a todo el tejido social incluyendo la valoración que los venezolanos dan a su relación con la comunidad local y a su espacio inmediato y vivencial⁽³⁾.

Esa "cultura política" resultó funcional al paradigma populista de acción estatal y a la legitimidad de un orden social y político, pero hoy ha empezado a demostrar su "disfuncionalidad" al ocasionar una profunda crisis cultural de efectos aún no calibrados.

La quiebra de las expectativas que esa cultura creó, al agotarse el modelo rentista de redistribución del capital social, ha dado lugar a expresiones de violencia y de apoyo pasivo a soluciones de fuerza, creando un clima de inestabilidad social y política que hunde sus raíces en la poca participación que las grandes mayorías han tenido en el ámbito político, social y cultural. El acento puesto en el acceso, base sustancial del Estado paternalista y populista impidió educar a la población en la participación y la consecuente valoración del esfuerzo propio en el logro de beneficios de carácter comunal y colectivo.

Los partidos políticos han caído en una profunda crisis de liderazgo y credibilidad y con ello han ido perdiendo terreno como mecanismos fundamentales de sociabilización y de orientación societal. Ha llegado, como diría Lechner⁽⁹⁾, "el desencanto" en la prometida modernidad y en el sistema político. (Lechner, 1990).

De esta manera, nos enfrentamos a una crisis cultural que se caracteriza principalmente por "la presencia de mapas culturales y representaciones negativas del país, de mi destino y de la autoimagen que los venezolanos tienen de sí mismo" (Montero, Maritza: 1994) lo que conlleva a una peligrosa desesperanza y la consecuente imposibilidad de un comprometer a la población en un proceso de cambio en donde la mayoría pueda asumirse como actores de un destino colectivo. Estamos en presencia de una pérdida del sentido de orientación simbólica social; en una crisis de identidades colectivas y de expectativas a futuro.

Esta crisis, de las dimensiones culturales presentes en lo político, en lo económico, social y cultural se ve agravada aún más, en el caso venezolano, por la pérdida de espacio que en la sociabilización, tienen otras instituciones como la familia y el sistema escolar, (este último inmerso además en su propia crisis institucional). Espacio que es, entonces, ocupado hegemónicamente por los medios de comunicación de masas, en especial la televisión, la cual a la profunda debilidad del Estado en el ámbito de las políticas culturales y comunicacionales: Pornografía, violencia, estereotipos negativos de representación de nosotros mismos, hábitos de consumo indiscriminado, afianzando de esa manera, los obstáculos a una respuesta de carácter cultural a la crisis.

Los medios masivos de comunicación se han convertido en los productores principales de sentido y sus productos en las principales ofertas culturales para las mayorías.

Pero, no es sólo la ausencia del poder público frente a los contenidos simbólicos de los medios de comunicación masiva lo que pone en tela de juicio la importancia que el Estado concede a lo cultural en el desarrollo, sino también, la inexistencia de una voluntad política real para adelantar programas y proyectos de desarrollo en el ámbito comunicacional que nos sitúe en una posición de competitividad en el mercado industrial cultural comercial y en el avance tecnológico de las comunicaciones y su democratización.

Lo señalado hasta este momento, no implica restar importancia o desconocer los esfuerzos que en nuestro país y en América

Latina en general se han hecho respecto a la imperiosa necesidad de articular en materia de planificación a la cultura con el desarrollo.

De hecho, reconozco que desde las discusiones generadas a nivel internacional a comienzos de los años setenta y que se recogieron en los documentos producidos por la conferencia intergubernamental sobre las políticas culturales en América Latina y El Caribe, celebrada en Bogotá en 1978 y la X Reunión del Consejo Interamericano, Cultura, Ciencia y Tecnología convocada por la O.E.A. en esa misma ciudad en 1980, nociones como Desarrollo Cultural, Dimensión Cultural del Desarrollo, Participación Cultural, Democracia Cultural, Identidad Cultural, Integración Cultural, Cultura Popular, Legislación Cultural; adquieren impulso y aparecen tratadas como un aspecto relevante en los planes nacionales, en especial en el V, VI, VII y VIII Plan de la Nación. Pero, lo que deseo destacar es, que el avance dentro de la planificación de un Estado acostumbrado a mirar la cultura como un ejercicio del libre espíritu de los creadores artísticos y como un producto educativo para las masas, no ha sido asumido y entendido por las élites políticas y gubernamentales más allá de la retórica y el compromiso ante los organismos internacionales.

En Venezuela, los planteamientos acerca del Desarrollo Cultural, el papel de la cultura en el desarrollo integral y la vinculación entre cultura y política, resultan aún, discusiones poco digeribles para las élites políticas y gubernamentales e incluso para los mismos sectores culturales e intelectuales.

Variadas razones me permiten sostener esta Tesis:

En primer lugar, un análisis comparativo de los diagnósticos realizados en los planes nacionales señalados, arrojan como resultado (después de casi diez años de incluir a la cultura como sector autónomo de la política social y educativas y como parte integrante de la estrategia de desarrollo global), que los problemas culturales siguen siendo los mismos y que la incidencia de variables negativas en el desarrollo continúan apareciendo, agravadas aún más por la demostración de crisis cultural que en este momento vive la sociedad venezolana.

En segundo lugar, ese esfuerzo por intervenir, con una acción estatal consciente, en la dimensión cultural del desarrollo y en la administración del desarrollo cultural continúa aún siendo preocupación de un pequeño grupo de Instituciones, Individua-

lidades y Trabajadores Intelectuales de la Cultura. De hecho el marcado acento economicista que tomó la práctica la propuesta de desarrollo del gran viraje contemplado en el VIII Plan de la Nación y su consecuente programa neoliberal, es una muestra de la distancia que opera entre planificación y acción del estado en el ámbito socio-cultural.

En tercer lugar, y en consecuencia, no se ha producido una toma de conciencia política real para adelantar los planes y proyectos propuestos para el sector cultural. Situación agravada, si tomamos en cuenta que la distancia entre cultura y política aún persiste, como lo evidencian los programas de gobierno que proponen los partidos políticos, en donde las propuestas para el sector cultural aparecen (cuando aparecen) de manera muy inconsistente y es un aspecto sobre el cual no se debate.

En cuarto lugar, los problemas que han sido definidos como los grandes "obstáculos al desarrollo cultural" siguen persistiendo, sin que desde el Estado y desde otros entes importantes, como por ejemplo las Universidades⁽⁵⁾, se les haya prestado la atención demandada. La investigación cultural, la gerencia cultural, la administración cultural, la legislación cultural, etc, son aspectos a los que desde hace escasos años, por esfuerzos del CLACDEC y algunos Ministros y Directores de cultura, empiezan a debatirse con sistematicidad, más por la voluntad de los individuos que por voluntad política del Estado.

En quinto lugar, persisten los desequilibrios culturales y regionales motivado al divorcio entre las propuestas a nivel de los planes globales nacionales y los regionales, y a los problemas de centralización que privilegian la región capital⁽⁶⁾.

Pero, el divorcio entre política y cultura no deviene sólo de la esfera gubernamental y de la élite política, la otra cara de la moneda es que la mayoría de los trabajadores culturales ven en los partidos políticos y las esferas gubernamentales "Conjuradas enemigas" al libre espíritu de las artes. (Canclini, 1987:13).

Desde inicios de la década de los sesenta, asistimos a una especie de retirada de las artes del ámbito de la política, transitando desde el subrealismo al post-modernismo, en una actitud pretendidamente neutral y que se refugia en lo estético y en el logro de sus propios espacios de discusión artística.

Los problemas referidos al desarrollo cultural, la democracia cultural, gerencia cultural, investigación cultural, aparecen como

temas para ser debatidos por sociólogos, antropólogos y cualquier otro teórico o especialista del área cultural.

En una entrevista que el poeta Juan Liscano concedió a "El Nacional" de fecha 6 de febrero de 1992, expresaba: "Los escritores, pintores, poetas, tuvieron su compromiso en otros tiempos. La Guerrilla de los 60 tuvieron pleno apoyo del sector intelectual. Fracasaron los insurgentes y vino un repliegue. Las nuevas generaciones son escépticas ante los políticos. Las generaciones a las cuales pertenezco, tuvieron a Rómulo Gallegos, Andrés Bello, Blanco, Mariano Picón Salas y otros como artistas preocupados y vivieron las consecuencias del exilio. El artista tenía como deber preocuparse por el país. Ahora cuidan su imagen. Debe ser por lo subsidios (Liscano, 1992:014).

Los movimientos artísticos e intelectuales jugaron en nuestro país, un papel protagónico en los movimientos culturales, sociales y políticos de oposición que se inician en la época del gomecismo.

"Es posible afirmar que los intelectuales de fines del siglo XIX y principios del XX tienen conciencia de que el pueblo venezolano constituye una nación, o por lo menos que están firmemente decididos a luchar por crear una conciencia nacional, por dotar a ese pueblo amenazado de disgregación de un "alma nacional", prueba de ello son, por ejemplo, la afirmación de que existen novelas venezolanas o nacionales, la lucha contra el exotismo, el cosmopolitismo, el imperialismo, los llamamientos a la concordia nacional, el papel que se atribuye a los intelectuales idealistas y puros por la sociedad y la misión redentora y unificadora que se les confía". (Belrose, Maurice, 1979:304).

Las letras, artes plásticas, el teatro van a constituirse en vanguardistas importantes en las aspiraciones de tránsito a una sociedad moderna y en la instauración de un sistema político de igualdad y participación democrática.

La defensa del progreso, y la democracia se convirtió en la línea cultural predominante, expresada en movimientos de oposición y de compromiso político en defensa de lo que se consideraba la aspiración colectiva y nacional.

En especial la literatura y la poesía manifestaban su sentido de pertinencia social, al convertirse en vanguardias fundamentales en la interpretación del país. La literatura hasta la década del 60, es la mejor fotografía de los cambios que ocurren y de las aspiracio-

nes y representaciones colectivas que se generan a partir de ellos.

Las artes plásticas, el teatro, la música y el cine también se incorporan a ese proceso de elaboración artística de lo imaginario social con un profundo sentido histórico y de preocupación por el rumbo político y cultural.

Cultura y política marchaban entonces juntos desde el punto de vista del compromiso social que asumen artistas e intelectuales.

Después de la derrota de los movimientos insurgentes del 60, esas vanguardias se retiran de la política y se inicia el proceso de desesperanza y refugio en los museos y galerías. La creación y los proyectos individuales pasan a caracterizar la competencia por espacios y por adquirir la bendición de los circuitos de circulación cultural públicas y privadas. Mueren los movimientos como creación colectiva y abren las puertas de postmodernismo, asumido más como una moda que como respuesta al desencanto con la modernidad.

En lo que se refiere a los problemas atinentes a la administración cultural, recientemente ha existido una mayor preocupación por parte de los trabajadores culturales en la formación de los Recursos Humanos y Técnicos necesarios para hacer posible los planes y estrategias de cambios dentro del sector.

Sin embargo, su preocupación ha estado muy centrada en resolver sus problemas de financiamiento, infraestructura, artísticos y continúa separada, en la práctica, de las discusiones y proposiciones como respuesta a la crisis cultural de la sociedad, al problema del crecimiento con bienestar social, la búsqueda de un nuevo ideario nacional y con ello la constitución de un proyecto cultural y modelo societal alternativo. Cuestión de la que no puede estar separada, si el Desarrollo Cultural es entendido y asumido como el modo y la calidad de vida al que aspira una comunidad y el proyecto cultural nacional como aquello que la nación desea ser y la orientación valorativa y ética de ese ser, como condensación de su pasado, presente y futuro.

Como expresa Agustín Girand,... "El debate sobre el crecimiento parece económico pero es cultural, por la reivindicación de la "calidad de vida", porque el pasaje de un crecimiento cuantitativo a uno cualitativo requiere de una definición de calidad de vida, que es esencialmente cultural, y porque los medios de asegurar el dominio del crecimiento no requieren del libre juego o de la

dirección de la economía, sino de un toma de conciencia por todas las capas de la población, gracias a la acción cultural. Descubrir nuevas finalidades sociales, privilegiar modos de vida novedosos, definir nuevas prioridades, no puede ser tema de los economicistas para lo que tarde o temprano juega la rentabilidad. (Citado por Harvery 1990, 115).

En resumen, el deterioro de la calidad de vida, la deshumanización del trabajo, la mecanización, el tiempo libre y su disfrute, la necesidad de una revolución científica y tecnológica el rol protagónico que ha ocupado la cultura masiva y el impacto de la globalización en un país de identidades culturales predominantes negativas, el acelerado y desordenado desarrollado urbano e incluso la crisis institucional y de la democracia, ameritan de políticas culturales encaminadas a la recuperación simbólica de las identidades colectivas, al compromiso con el bienestar social y a la revalorización de una cultura política que reivindique a la democracia como forma de vida participativa y plural y por tanto adecuada al equilibrio y respecto a la diversidad cultural.

Es necesario plantearse una intervención cultural que asuma el desafío de innovar con nuevos medios de intervención en los espacios institucionales y cotidianos de producción del simbolismo colectivo.

NOTAS

- 1 Con el término "Cultura del Petróleo" se designan el conjunto de rasgos que a nivel cultural aparecen a raíz de la explotación petrolera y que conformaron nuevas actitudes, valores, comportamientos y representaciones en el venezolano.
- 2 El término "Cultura Política" refiere a aquel conjunto de orientaciones que provienen específicamente del sistema político. Es decir actitudes, conocimientos, sentimientos, valoraciones y representaciones provenientes del sistema político y que orientan el comportamiento político.
- 3 A este respecto puede consultarse un análisis realizado en la Universidad del Zulia por la Sociólogo Valia Pereira y publicado en la revista **Cuestiones Políticas** N° 9, del Centro de Investigaciones y Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de LUZ. Octubre 1992. Maracalbo, Venezuela.
- 4 Sólo he tomado prestado la palabra desencanto acuñada por este autor en su tratamiento de la relación entre democracia y modernidad, pues este término está inscrito en la discusión sobre la post modernidad, que es un tema que no me propongo tratar en este artículo.

- 5 Las universidades aún están de espaldas al debate teórico sobre el desarrollo cultural, siendo éste un aspecto reservado a algunos "culturólogos" interesados individualmente. Por otra parte, no tienen respuesta para la formación de los recursos humanos en el sector cultural.
- 6 Recientemente se han hecho esfuerzos desde el CONAC, por modificar esta situación que en el caso de los gobiernos regionales se expresa en una acción de trabajo más conjunta entre el órgano rector de la cultura y las Secretarías de Cultura a nivel de las gobernaciones de Estado.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BELROSE, Maurice. (1979). *La Sociedad Venezolana en su Novela (1890-1935)*. LUZ. Maracaibo.
- CABALLERO, Manuel. (1984). "Los Partidos Políticos y la Cultura". *Rev. Nueva Soledad*. Nº 73. Edit. Nueva Sociedad. Caracas. Julio-Agosto.
- CARRERA DAMAS, Germán. (1988). *Formulación Definitiva del Proyecto Nacional 1870-1900*. Serie Cuatro Repúblicas. Cuadernos LAGOVEN. Caracas.
- GARCIA C., Néstor. (1987). "Cultura y Política. Nuevos Escenarios para América Latina". En *Rev. Nueva Sociedad* Nº 92, Edit. Nueva Sociedad, Caracas.
- GARCIA CANCLINI, Néstor. (1987). "Políticas Culturales y Crisis de Desarrollo; Un Balance Latinoamericano en Políticas Culturales en América Latina". Orjálbo. Colección Enlace, México.
- HABERMAS, Jurge. (1987). *Teoría de la Acción Comunicativa*. Edit. Tauros. Madrid, España.
- HARVEY, Edwin. (1990). *Políticas Culturales en Iberoamérica y el Mundo*. Edit. Tecnos, S.A. Madrid.
- LISCANO, Juan. (1992). "Los Militares nunca Consultaron a los Intelectuales del País". *El Nacional*. Jueves 6 de febrero, Caracas, Cuerpo C, Arte.
- LECHNER, Norbert. (1990). *Los patios interiores de la democracia*. Fondo de Cultura Económica, 2a. Edic, Chile.
- PEREIRA, Valia. (1992). "Legitimación y Socialización Política en Venezuela". *En Cuestiones Políticas*. Nº 9 Revista del Centro de Investigaciones y Estudios Políticos y Administración de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de LUZ. Maracaibo, octubre.
- SOSA, Arturo. (1986). "Dimensiones y Perspectivas de la Crisis Actual". *En la Crisis*, Responsabilidades y Salidas. FACES. UCV.

BIBLIOGRAFIA

ARENAS, Ender. (1990). "Estado, Política y Democracia. Notas para una Lectura de los acontecimientos del 27F". "El Sistema Político Venezolano". V Simposio Nacional de Ciencia Política. Cuadernos Políticos Nº 7. Maracalbo: CIEPA. LUZ. p. 323-341.

ELSTER, Jon. (1991). El Cemento de la Sociedad. España. Gedisa Editorial.

HABERMAS, Jürgen. (1991). "El Futuro del Socialismo Occidental". Leviatan, España: Primavera/Verano, Nº 43-44. p. 39-58.

LECHNER, Norbert. (1989). "Los Patios Interiores de la Democracia". Santiago de Chile. FLACSO.

PZEWORSKI, Adam. (1989). "Marxismo y Elección Racional". Zona Abierta. España. Nº 39/40. Sep. p. 1-26.